

PQ7297
.Q84
C3

PRÓLOGO

(Condensado)

Lupus est homo homini. . . .

PLAUTO.

(*Asinaria*.—Acto II.—Escena IV.)



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ



I.

EN LA SECCIÓN MÉDICA DE LA 5ª DEMARCACIÓN.

Había llovido mucho desde las dos, por lo cual aquella tarde—jueves 18 de Junio de 1897—despuntaba como una “buena tarde,” en la 5ª Comisaría de la 3ª Calle de Zarco.

Así, al menos, llegó a creerlo el practicante supernumerario de guardia Pedro Flon, quien, después de apurar su café agarbanzado en un trecho libre de la mesa escritorio, había podido echar una siesta sin que lo molestaran.—En mangas de camisa, extendido en angosto catrecito gemidor, al ser despertado por un ruido de ratas, su primer impulso fué el de saltar del lecho, a la defensiva; pero como no reconociese más ruido humano que el roncar de un ebrio

rezagado en el vecino cuarto, (“el segundo”), se quedó en cama pensando en los beneficios de la lluvia. . . . ¿No era acaso el agua, cuyo titileo resonaba en la ventana, lo que le proporcionaba una “buena tarde” sin chismes ni heridos? Venía bien el reposo, en la media oscuridad del cuarto de guardia (“el primero”), después de la faena de la última noche, pasada casi en vela, lidiando con siete heridas de cabeza y una de cuello, acompañadas de profusa hemorragia.

La lluvia caía a punto! Ella melancoliza la acción del pulque, congela los enredos en las vecindades, derrama, por último, paz y armonía en las Comisarías y en sus Secciones Médicas. Y Flon se dijo que el asunto podría servir para su tesis doctoral con este título: “De la influencia de los cambios meteorológicos sobre la criminalidad en la ciudad de México.” Hasta pensó en proponer esta idea a su jefe directo, el médico de la Sección de la 5ª Don Esteban Sergio quien le había prometido colaborar para su tesis.

De una idea en otra, hubo de condolerse con la de su futuro doctorado. Andaba éste mal, muy mal. Hacía ocho meses, lo habían *reventado* (era su expresión) en el examen de 5º año, y desde entonces, apenas iba a las clases y al hos-

pital, absorbido por la Comisaría. ¡Si solo fuesen las guardias de reglamento, alternadas con dos compañeros! Pero estos *marraban* a menudo por licencias, renunciadas, destitución o juega inesperada; y en tal caso había que hacer guardias de 48 horas y aun más, relevado por un solo practicante, o esperando el advenimiento de un recién nombrado que no llegaba. ¡Si él tuviera también sus medios para desafiar la destitución! Pero en primer lugar, ¿qué diría el Dr. Sergio, ese buen jefe, casi su amigo, por quien sentía especial afecto? Y era lo más grave que no contaba “como base”, mas que con los quince pesos mensuales que le mandaba de Tampico la tía Chenta, apiadada de su orfandad y del naufragio de su pequeño haber paterno. Cuando éste alcanzó sus postrimerías en los últimos bailes de *posadas*, fuéle preciso recurrir a la Comisaría, en la alternativa de pegarse un tiro. A fuerza de empeños, tras de un corto período de méritos gratuitos como adjunto, pudo descolgar una plaza de “practicante supernumerario” con veinticinco pesos al mes.

Así había permanecido hasta la fecha: *super-numerario!* Esta palabra que resumía su actual situación en el campo médico, le sonaba como un toque de queda.—“Es decir que yo, Pedro

Flon y Contreras, repleto en mi adolescencia de latín y lenguas vivas, salpicado de Pe-Bes en mis preparatorios; yo, que he obtenido premios en Anatomía, y sé disecar como nadie el triángulo de Scarpa; yo. . . . llegado á los veintiuno de mi existencia, no soy ni siquiera del número soy un *super* ¿qué digo *super!* un extra-numerario, para quien el numerario público no tiene mas que un *super* ;nada de *super!* un extra de trescientos pesos, cero, cero centavos al año!"

Enardecido por su juego mental de vocablos, el supernumerario movió un pié, extendió el brazo derecho con un ademán que, a no ser por la posición acostada, hubiera parecido oratorio.

Bajo el entarimado las ratas chillaron en rabiosa acometida; una de gran calibre hizo irrupción por un hollanco de la madera, destruida a trechos; se escurrió hacia el rincón en que había una canasta con platos sucios de desechos.

"Ya comienza el asalto de mis restos," monologó el practicante, viendo a una segunda larguirucha, salir y apresurarse en igual dirección. Al mismo tiempo, el ebrio de al lado dejó percibir un hipo de vomiturición inminente.

—*Cuarenta y nueve!* gritó Flon, medio incorporándose en el catrecito que osciló.—*Quince!*

gritó más fuerte, y como sus llamamientos numéricos a los auxiliares resultasen inútiles,— "Esos auxiliares! á ver qué pasa! Denle amoníaco!" exclamó el joven lanzando al azar, en esta orden breve, la gran fórmula antialcohólica de las Comisarias.

Sólo el ebrio respondió, murmurando una maldición de baja estofa. A su vez, Flon maldijo tácitamente a su suerte, mientras se calaba sus gafas de miope precoz y se ponía el levitín raído que le servía de *jaquet*. . . . Acababa de notar que la lluvia menguaba y presentía que, con el orden del cielo, comenzaría el desorden en la tierra. Una claridad solar desvergonzada iluminó de improviso la 3ª calle de Zarco, bañando la tapia del solar de enfrente, abriéndose paso en vivos raudales por las dos ventanotas enrejadas de la Sección Médica.

Componíase ésta de dos cuartos: en el fondo, el llamado por practicantes y oficinistas "el primero" que servía de despacho principal, con mesa-escritorio, catre de practicante, armario y mesa de "operaciones grandes"; cerca del portón "el segundo," en comunicación por un lado con "el primero", por el otro con el vestíbulo y destinado principalmente a guarda de ebrios y cura de "lesiones chicas." Una empi-

nada escalerita de madera en un ángulo de este “segundo,” conducía al *tapanco*, tablado guarnecido de barandal sobre cuyas desnudas tarimas se echaban a dormir cuatro gandules subordinados al médico y practicantes, con funciones alternativas de “camilleros” y “auxiliares de curaciones.”

“Primero” y “segundo” salieron de la penumbra en que se disimulaban sus crudezas de tono:

Ostentóse en su grosera magnitud el viejo estante librero, pintado de negro ya cenizo, con honores póstumos de armario quirúrgico. Por el claro de un vidrio roto, apareció un estuche abierto del antiguo régimen pre-aséptico, forrado de una felpa que debió ser roja y era gris, con muchos de sus huecos vacíos, otros ocupados por ferralla mal encajada. Pinzas de tornillo, disímiles, opacas por el desgaste, pendían de alcayatitas o asomaban por entre montones de bandeletas encéradas, vendas, tiras de gasa privadas de asilo en la quebrazón de los frascos. Uno solo quedaba íntegro, aunque sin tapón, y por su boca salía un penacho de algodón absorbente que, en espera de absorber sangre, ejercía su función absorbiendo la inmundicia ambiente.



II.

LA POLICÍA Y LA POLÍTICA.

Ante la porquería de aquel estante resumiendo la de toda la Sección, revelándose en la súbita claridad vespertina, se renovaron en el joven las sensaciones de Empédocles ante el cráter del Etna: el horror de un fenómeno cuyas causas se perdían en algo desconocido.... Ese “algo” era para él la *política*, nombre bajo el cual encerraba toda especie de complicaciones sociales.

La policía—íntimamente ligada en México a la política—pasaba entonces por una crisis. Acababa de ser nombrado Inspector General un joven trigintenario salido a tan alto puesto de la cámara de diputados, es decir, de la política. Apenas sí se había iniciado al empleo con algu-

nos meses que pasará al frente de la prefectura en la Villa de Guadalupe y con funciones efímeras de Visitador de Comisarias. Como sucede en los ascensos rápidos a las altitudes, llegaba nervioso al alto empleo. Quería hacer y deshacer, acreditarse como hombre de acción en camino de gobernar el Distrito. Una de las innovaciones que propuso y alcanzó luego fué la de decapitar las Secciones Médicas de Comisarias privándolas de su antiguo Jefe médico. . . . “No hay más Jefe que yo, Eduardo Velázquez.”

A este nombre correspondía un personaje alto y enjuto, en que el ademán vivo, la palabra altisonante traicionaban de continuo una energía *ex-vaquo*, pronta a ejercerse sin motivos.

Don Eduardo Velázquez no conocía a Pedro Flon; no sabía que allí, en la Sección Médica de la 5ª Comisaría, existía bajo sus órdenes un practicante supernumerario, agarrado al mísero empleo, en la alternativa de pegarse un tiro. ¿Qué le importa a un Inspector General de Policía que exista o no exista en una Sección Médica un mancebo cuyo traje mal zurcido y piel paliducha sirven de envoltura a una almita en fermentación?

Pero Pedro Flon sí conocía a Velázquez. Le había visto de civil, reluciente de sedas y dijes,

el sombrero alto sacudiéndose sobre su perfil enfático en el tiroteo graneado de saludos, pasando en coche a palacio o a ceremonias oficiales. Lo había visto de charro una noche en que bajó del caballo en el patio de la 5ª entrando luego en la oficina al son de chasquidos. . . . Era él, el Inspector Velázquez, que en su amor por las *rondas* nocturnas, olvidaba quitarse las espuelas.

Ya de charro, ya de paisano, Velázquez producía en Flon la impresión obsedente de un árbitro: no solo “de las elegancias,” sino de su propio destino. De él dependía su elevación a *numerario* con 35 pesos de sueldo. El asunto tenía que resolverse pronto.

—“Muy pronto! decía Flon; porque gracias al desbarajuste de la política la Sección Médica de la 5ª ejecuta la mas rara de las *machincuepas* (*): tiene dos practicantes *super!* yo y Carriles. . . . ¡ese maula de Carriles!”

De seguro que Velázquez lo nombraría a él, Flon, mas antiguo y mas firme en el servicio. Carriles era nuevo y tan *cuajante!* (**)

(*) Volteretas.

(**) Faltista.

Notas como éstas son y serán necesarias en un libro destinado a circular no sólo en México, sino fuera.

—“¡Como no vaya a faltar también esta noche, y me deje de plantón!” terminó el practicante rascándose con la diestra encima de la oreja derecha, ademán a que recurría en las situaciones apuradas.

—Un trago de refino, doctorcito!

Atado al “sillón amarillo,” el ebrio del “segundo” se despertaba con el grito de su sed eterna.

El estudiante reconoció en él un *cliente* antiguo. Sí! Era él mismo, aquel beodo pálido y flaco que le había *dado guerra* otras noches.



III.

UN EBRIO “AUXILIADO.”

—A ver, esos auxiliares que no auxilian! clamó Pedro Flon, pasando del “primero” al “segundo.”

En este “segundo” la mesa de curaciones chicas, vacilaba al menor impulso sobre sus cuatro patas, al par de dos sillas de bejuco defundado. Pero si las sillas endebles se meneaban, había allí también un gran sillón, de singular firmeza. Mueble importante, el *sillón amarillo*, de encino roble, pintado del color que le daba su nombre, y destinado á los ebrios, completábase con una cuerda para sujetar contra sus barrotes al beodo bamboleante. Cerca del sillón una tabla, “la tabla de los niños muertos,” también amarilla, servía al reconocimiento médico de pequeños

cadáveres. Estaba empotrada en el muro, á un lado de la puerta; en el opuesto, la escalera de palo se elevaba en tramos angulosos hasta el tapanco.

Por ella subió Flon, y como su voz no alcanzara a despertar a los dos auxiliares profundamente dormidos en el estrecho entarimado, los removió con manos y pies.

—Quince! Cuarenta y nueve! ándenle!

Y cuando se levantaron, una orden confidencial, de extraño significado: “Hay que auxiliar al detenido. . . . Un balazo.”

Bajaron al rato, todavía amodorrados, poco menos que el ebrio del sillón, aturcidos como él por la mala noche y el pulque indigesto. El 49 fué a sacar del estante el frasco de amoniaco, el 15 recibió en torundas de algodón un chorro. . . Ambos procedieron a *auxiliar* al ebrio que forcejaba por desasirse del sillón. De repente dos manos armadas del algodón amoniaco, vinieron a posarse con fuerza sobre boca y nariz. . . .

—“Déjenme!” rugió el paciente sofocado y lloroso. Siguieron sus protestas contra esta cura brutal que en el vocabulario de comisarias se llama “balazo de amoniaco.”

—“Suéntenme, hermanos! . . . un trago de agua siquiera! . . . y les voy a echar *la loa*. . . ¿Saben

ustedes quién soy? Se los diré; pero antes deben saber que yo he pertenecido a *la alta*. . . . ja, ja, ja! he sido de la alta! . . . He bebido champagne en la Concordia y en el *Tivoli* de Porraz. . . . Regidores, diputados, hasta ministros, toda la alta ha trincado conmigo. . . . Soy. . . . Espérense. . . . ¿Ya me ven aquí con este pelaje? . . . Mis zapatos, ni en el muladar los quieren, mi camisa y pantalón, ni para cola de papelote! Lo cual no quita que me he vestido con Sarre en los tiempos de Don Manuel González.”

—“Aquí 'stá l'agua!” le interrumpió el auxiliar 49 acercándole a los labios un vaso de im potable, originaria de la fuente común para presos y bestias.

No bien hubo acabado de beber, otro *balazo* de amoniaco descargado por el 15, le cortó el aliento. Cuando pudo proseguir fué para recordar la época del presidente Manuel González.

—“Aquellos eran tiempos! Había convivialidades como en los de Don Sebastian Lerdo. . . . Se sabía beber; se brindaba mucho. . . . A mí, tiernecito, me apuntaba el bozo, y ya brindaba en cantinas, boliches, prostíbulos. . . . toda especie de jolgorios. . . . Pero cayó Don Manuel, hombre de fibra, trascendente. . . . Lo aplanaron. Volvió el Caudillo, y con él Tuxtepec en

toda su pureza. . . . ¡Qué pureza! Fué el reinado de la barbacoa y los chilaquiles. . . . en seco. Apaga y vámonos! Me fuí hundiendo a medida que subían a la alta unos que apenas lo probaban. Fué la de los generales de uñas grandes y boca chiquita. . . . Qué generales! Apenas toman un traguito de Jerez con agua de Tehuacán y piden al padre. . . . No pude con ellos! Me cargaron tanto que renuncié a la posición. . . . Pasante de derecho, escribiente de primera en lo administrativo y judicial. . . . A mí que me hablen de jefes como mi general Triás quien asaltaba lo mismo una trinchera que un mostrador de cantina. . . . como mi general Rocha que ganó la Bufo con botellas de Cognac en las pistoleras. . . . Esos eran hombres de fibra, trascendentes. . . . Se acabaron. Ya no hay hombres! A todo esto ¿saben quién soy yo? Se los voy á decir. . . . Soy Arnulfo. . . .”

Su apellido se apagó en otro golpe de algodón amoniacal asestado por el 15, en tanto que el 49 reforzaba el *auxilio* apretando el cuello del auxiliado.

—“Soy Arnulfo Arroyo” gritó pataleando. . . . “Y gracias a que me tienen amarrado. . . . que si no, los acuesto de una *trompada*. . . .”

Al ruido de la brega, Flon se desprendió del

escritorio. Había seguido desde su sillón la perorata del borracho. Le pareció no tan vulgar como las que resonaban habitualmente en el recinto. Aun sorprendió en ella elementos de sabor clínico, cónicas concepciones emergiendo de un *yo* megalómano.

Al verlo venir a pasos lentos, mal caladas las gafas que caían hacia el horizonte, con airecito inquieto y severo, imitado de algún dómine magister, Arnulfo pasó súbitamente del ataque al ruego.

—“Doctorcito, que ya no me atormenten!”

Condolido el practicante mandó que lo desataran y detuvo el amoniaco.

—“Ahora sí soy su amigo, jefe!” exclamó el ebrio yendo a sacudir con su diestra la del joven, y añadió:

—“Cuando lo acometan, nomás hábleme. . . . Saldré por Ud. con este brazo. . . . aunque sean tres.”

Y su brazo tendido dibujó en el espacio una inmensa “trompada.” (*)

(*) Más adelante, el autor disertará un poco sobre este vocablo (nada castizo) de la jerga nacional.